

ASPECTOS DEL ANTROPOCENTRISMO

Por

JUAN MARÍA FUNES

En un trabajo que verá la luz en breve (titulado: Filosofía de la Historia y Evolución; metafísica inductiva del hecho de la Evolución), en su primera parte, (Filosofía de la Historia) me planteaba el tema clásico, el escollo de toda historia universal y de consiguiente, de toda filosofía de la historia: ¿debe ésta ser inductiva o no?

Me respondo: no cabe duda que debe ser inductiva. Para llegar actualmente y en breves trazos a un esquema válido de Historia Universal, para una filosofía de la historia, y sea el que sea el contenido de la misma, basta agrupar a todos los filósofos e historiadores de visión universal en dos vertientes. Una, la que de alguna forma cree en un fin último terreno; o cree que el hombre *debe necesariamente* seguir un proceso ascendente; aquí cierto sector del Cristianismo (el escatológico, sobre todo), el hegelianismo —Hegel y derivados— y en sus mismos momentos el Racionalismo Iluminista (la fe inconcusa en el progreso del mundo Liberal), el marxismo dialéctico y milenarismos menores, como el germano.

Otro, la vertiente opuesta, con origen en sus fundadores, la agrupación del judeocristianismo. No hay fin último terreno, por la sencilla razón de que el hombre no termina su ciclo después de la muerte: es trascendente. Y aunque no se crea en

la trascendencia, como en Condorcet o en Augusto Comte, del proceso real, por inducción, se derivan ciclos, repeticiones, avances y retrocesos: la libertad del hombre no deviene un camino uniformemente ascendente, necesariamente progresista, como se ve en Hegel y el hegelianismo y en el marxismo dialéctico su hijo putativo.

Al efecto es necesario no confundir superexpansión del psiquismo o avance tecnológico con progreso histórico. Si bien todo hombre vive y modela o contribuye a una cultura y por tanto hace historia, no se puede admitir ésta como el mero acontecer. Hay pues historia progresiva cuando hay conciencia del evento y vigor espiritual en el grupo humano, creatividad; hay historia pero regresiva *involución* diríamos en terminología de los evolucionistas (involución en la Noosfera), cuando se vive un período decadente: la masificación burocrática mata la concientización y no hay historia vivida con plenitud, historia propiamente hablando.

Porque la Historia es maestra de la vida (Cicerón), que enseña con el ejemplo y corrige con los errores del pasado (Bossuet) y no el cuento contado por un idiota (Macbeth), que tal parece en los períodos decadentes, pese a su esplendor formal (y para los espíritus cultos, selectos, exigentes, inconformistas, precisamente por eso: por el típico esplendor formal de los grandes regímenes burocráticos, masificados, hedonistas, tipo Imperio Romano, para citar algo que todos conocemos bien: el pan y circo; pan - la Pax Romana, el gran comercio y la seguridad de las fronteras - y el circo, ni hablar).

En los parámetros numéricos de la Evolución —que cito en la segunda parte de mi trabajo mencionado (Filosofía de la Historia y Evolución)— se pueden observar las mismas curvas alométricas para la medición de encefalización de los vertebrados (mediciones de Cailleux, Dubois, Anthony) y para la superexpansión del psiquismo humano según el empleo de la fuerza automotriz o producción energética (Meyer) que confirman otras mediciones semejantes (Simpson, Crusa-

font y Truyols). Tales curvas no señalan progreso histórico, sino progreso tecnológico (la superexpansión del psiquismo no denota superexpansión o progresismo espiritual) y por tanto *sólo el cumplimiento de determinada tendencia de la Evolución*, a saber: proceso ascendente, irreversible, complejizante (y concientizante en el hombre).

El hombre, como todo lo que existe en la Naturaleza o en el Universo todo, cumple *esta ley forzosa, este camino único*, este dinamismo ascendente e imparable de la Evolución o sea de todo lo que existe. Viene desde las partículas y su último estadio alcanzado —el espíritu humano, o región de la Noosfera— seguirá derroteros más ascendentes y complejizantes, de acuerdo a este empuje irreversible. ¿Pero esto significa que su historia participa del mismo crecimiento? No, del mismo dinamismo sí, porque es hombre es temporal, por estar entretejido de tiempo, y por tanto hoy es lo que mañana no es o lo que ayer fue (fenomenologías antropológicas de Gehlen, Buyten-dij, Böhener, Leers, Gordon Alport, Heidegger, Max Scheler, Merleau-Ponty, Viktor Frankl, Jacques Maritain, y en los orígenes fácticos de todo este pensamiento, el judeocristianismo).

Por tanto, y de acuerdo a la Evolución, historia universal a macroescala o historia del Universo, el hombre es parte de un dinamismo ascendente imparable. Debe saber qué hará y cómo se preparará para su muerte, ya que al trascender, si no pensamos cada proyección en términos de juicio y castigo, debiéramos pensarla como auto-proyección (cada uno será lo que quiso ser, según Aldous Huxley y pensadores modernos como él; y Santa Catalina de Génova —siglo XI— y santos medievales como ella). Rilke sostenía enfáticamente: cada uno tendrá su propia muerte (Los cuadernos de Laure Malte Bridg) pero se refería a ésta como proyección de la propia vida, y Huxley (Cielo e Infierno); El tiempo debe detenerse) lo repitió muchas veces; incluso el ateo Sartre maneja una idea semejante (A puerta cerrada).

Así pues el hombre no para o detiene o modifica el curso inexorable de la Evolución. Se me preguntará pues cómo puede involucionar el hombre, afirmación rotunda recién lanzada al hablar de Filosofía de la Historia.

Veámoslo. El hombre no puede parar el proceso dinámico-ascendente-complejizante-concientizante de la Evolución: nace de los genes y su espíritu, liberado de la atadura carnal, prosigue su vuelo al Más Allá (explicado por Teilard para concordar con la termodinámica, como energía Radial —alma o espíritu— y Tangencial —cuerpo— la Radial es Negentrópica y la Tangencial, en la muerte corpórea, Entrópica. La violación de la segunda ley de la termodinámica se produce desde la iniciación de la Biósfera, por lo menos; Shanon y Wiener y los de la Cibernética admiten esta mayor tendencia a la Entropía —lograda ya por las formulaciones matemáticas de Fantappié y otros— pero sin perder de vista las reales, realísimas “concreencias” o “islas” Negentrópicas).

Pero el hombre no es sólo un desarrollo de su espíritu —abortado o no— entre nacimiento y muerte: es también concientización de este proceso. Asunción de su condición humana (esto que en los años 50 lo pedían los existencialistas —Camus, Malraux, Sartre, Marcel, Kafka— en los años 70 fue pedido por científicos como el paleontólogo Simpson o el biólogo Monod). El judeocristianismo, con el conocimiento de la historia, le dio al hombre el de preparación para la muerte, junto al de la dignidad de la persona humana (liberación de la esclavitud; dignificación de la mujer; esto último, según Ortega y Gasset, se produce durante la Edad Media en nuestra Civilización Cristiana).

El hombre es libre, moral y responsable, según Simpson, Monod, la moderna escuela de transmisión socio-genética (zoólogo Storch, Rensch, Ashley Montagu, Medawar, Waddington, Portmann, etc.); todas autoridades del mundo Acausalista o ateos moderados de la Evolución. No sólo admiten la libertad moral del hombre, ese *incondicionado* según Viktor

Frankl, sino reniegan de todo determinismo, como el de sociedad organismo biológico, de Spencer, los comtianos, Spengler y actualmente Redfield. No. Según ellos, sociedad-cultura-recreación en libertad y conciente del hombre-historia.

Jaspers hacía notar que la superexpansión del psiquismo comprobada a ojo, sin necesidad de espectaculares mediciones (el actual piloto de un caza-bombardero a reacción) sólo denota tecnología, y da lo mismo como tecnología el hacha de piedra del Homo Faber que el avión a reacción manejado por una computadora, si el hombre no tiene conciencia plena de su acontecer para la muerte (Heidegger) y de su "trascender" desde el hecho mismo del conocimiento (esquema de von Uexküll contra el conductismo de Watson y demás, fenomenologías de Gordon Allport, Leersch y otros, "intencionalidad" desde Brentano a Max Scheler).

Claro, no es lo mismo desde el punto de vista de la calidad mortífera de la técnica, pero eso es otro cantar y no viene al caso: ya sabemos que *esta humanidad* no va a durar eternamente; el Sol seguirá su ciclo y el pequeño universo de nuestro sistema planetario sucumbirá, si antes el hombre no se desvasta a sí mismo con las armas nucleares poderosísimas que a diario construye y almacena.

Pero al hombre: ¿qué debe importarle? ¿el negocio del alma —supervivencia eterna— o el de su cuerpo en general —la humanidad— supervivencia corpórea? Todo lo que haga por la salud: alimentación, medicina, etc. y siguiendo a Eros y su impulsividad vital, es bueno, pero *solamente* para estar en condiciones de cumplir con su *finalidad histórica*: preparación para la muerte. Debe hacer historia en la mejor de las condiciones: psicofísicas, espirituales, etc. Para ayudarle a ello vamos a repasar los esquemas iniciales en torno a la Historia, que ahora vemos más claro. 1) La historia se asume en libertad y conciencia, 2) se asume en la condición humana de espíritu encarnado (Rahner), vale decir, de creatura, dependiente y sumergida en un proceso dinámico-ascendente-complejizante-

concientizante superior, la Evolución, que supone un Operador o Integrador (Heuts; Discusiones en el neo-darwinismo) con distintos nombre (según los mismos Acausalistas —que no lo son a partir de allí— como Lerner, Dobzhansky, Wilhem Reich, etc.) y la trascendencia, según la clásica ascensión Negentrópica (Schrödinger, Fantappié, Gell-Mann, Shanon y Wiener, Teilhard, la ortogénesis de fondo del Prof. Dr. Crusafont, etc.) o salto de palio a nivel superior (Simpson, Huxley, Cailleux, Dubois-Anthony, Meyer).

3) Como espíritu encarnado, hecho a imagen y semejanza de Dios, corre el riesgo de olvidarse como creatura y pensarse como típico creador (idea de la historia en las escatologías cristianas, en el panteísmo racionalista de Hegel, en el marxismo y los milenarismos menores).

4) Esto se ve bien claro en la vertiente —una de las dos— de la historia universal de los ciclos —los corsi e ricorsi de Vico— como constancia fáctica, sea la que fuere la interpretación de los mismos. El judeocristianismo no señaló un Fin Ultimo Terreno; cada actor de la historia está en cierto modo juzgado o preanuncia un arquetipo para el juicio eterno —cf: el crimen de Caín contra Abel, el castigo de Moisés por su falta de fe, el papel salvador de Judith sacrificándose, el crimen de David contra Urías, etc.— y finalmente cada uno responde por lo suyo, no colectivamente.

5) Ciclos: tenemos una idea en San Agustín, que completa y perfecciona Juan Bautista Vico y siguen Turgot, Condorcet, Comte, Bachellard, St Simón, Spenser, Burkhardt, Lamprecht, Sir Flendriers Petrie, Herr Oswald Spengler, Sir Arnold Toynbee, Bacon, etc. El esquema más complicado es el de Spengler, y el más detallista también (en los que estudió), pero el realismo mayor se encuentra por ahora en Toynbee y su estudio —modificado incluso por él mismo, desde el tomo X al tomo XIV— de treinta y tantas civilizaciones (muertas, agonizantes, abortadas, detenidas, etc.). Para sintetizar mi trabajo

mencionado (Filosofía de la Historia y Evolución) preferí dos antítesis polarizantes en cada civilización:

a) Teocentrismo, etapa inicial fecunda, deslumbrante, mística-religiosa, creadora, de candidez espiritual, y b) Antropocentrismo, lo contrario: el hombre se olvida creatura y se supone demiurgo del Devenir: pasa del Criticismo Racionalista al Positivismo asfixiante, al Relativismo más agudo; deja de crear, se hedoniza, masifica, burocratiza, encantado en el esplendor engañoso del desarrollo tecnológico, en el cual de pronto se hallará inmerso como en un inmenso sinsentido (cf: caída de todos los vastos y largos imperios, el más allegado a nosotros, el romano). Toynbee señala la adoración de los falsos ídolos de esta segunda larga etapa, los becerros de oro que marginan al único Dios: el efímero progreso, el Superhombre de la conducción política, el arquetipo de imitación colectiva —hoy el artista de cine— y los Mitos del hedonismo —el placer por el placer, o Eros elevado a la enésima de eternidad terrena— (hoy: el automóvil y todo objeto de la propaganda de consumo).

Quedémosno en el Antropocentrismo.

Que es una etapa perniciosa para el hombre, en la que cae cada tanto, olvidando a su creador —Teocentrismo— y su condición de creatura, lo jalonan el camino de treinta y tantas civilizaciones (por eso insistí, la historia debe ser fundamentalmente inductiva; por eso Hegel, el marxismo y toda dialéctica son un engaño, un juego irracionalista de irrealdad; debiera decir Racionalista, pero ésta, al evadirse de la realidad, se torna hueca, huera, irracional por tanto, de donde los conculcadores de la Metafísica por evadida de la realidad son quienes en lo fáctico se evaden).

Veamos lo que nos muestra Spengler en sus cuatro civilizaciones —India, Helénica (grecorromana), Árabe y Occidental (dentro de la cual la Árabe y la Ortodoxa finalmente confluyen) estudiadas para las épocas correspondientes del Espíritu (estudia otras para las del Arte y la Política). En

Spengler el Antropocentrismo comienza moderadamente en lo que llama el Otoño y se precipita en el Invierno.

Otoño: inteligencia urbana, culminación de esfuerzos espirituales. La "Ilustración": fe en la omnipotencia del intelecto; culto de la naturaleza; religión racional. Buda en la India, sofistas en Grecia, sufismo entre los árabes, sensualistas ingleses (Locke), enciclopedistas franceses, Voltaire, Rousseau entre nosotros. Los grandes sistemas finales, generalmente idealismo y teoría crítica del conocimiento, en India, Grecia y los árabes; Kant y Hegel entre nosotros.

Invierno: comienzo de la civilización urbana cosmopolita (vale decir, masificación burocrática); extinción de la fuerza creadora del espíritu; la vida misma se convierte en problema; tendencias éticoprácticas de una sociedad cosmopolita irreligiosa y ametafísica. Concepción materialista del universo: culto de la ciencia, del utilitarismo, de la felicidad (hedonismo). Lokayata en la India; cínicos y últimos sofistas en Grecia; comunistas, ateístas y epicúreos de los abasíes entre los árabes; Comte, Darwin, Marx y Feuerbach entre nosotros. Escepticismo: budismo en India, epicureísmo en Grecia, ídem en el Islam, entre nosotros ni hablar, legiones al tipo de Bernard Shaw, Bertrand Russell, James Joyce, el existencialismo del absurdo o el absurdo pensar de Sartre. Plenitud de las matemáticas, nombres que el profano no conoce.

El pensamiento abstracto queda reducido a una filosofía de cátedra, considerada como ciencia especializada; compendios. Los "seis sistemas clásicos" en la India, académicos, peripatéticos, estoicos, epicúreos en Grecia; escuelas de Bagdad y Bassora entre los árabes; y entre nosotros Kantianos, Marxistas, Positivistas, Escepticismo general. (Pero, señalemos en beneficio de la duda de Toynbee; ¿debe necesariamente morir una civilización?, a lo que respondo: debemos salvar la nuestra —en mi trabajo citado— que entre nosotros se produjo la saludable reacción de la fenomenología en el

campo filosófico, coexistiendo con el saludable neorrealismo de Jacques Maritain y Miguel Federico Sciacca; del Análisis Existencial en psicología, escuela de Viena de Viktor Frankl; del misticismo de los gnósticos de la física cuántica actual, entre ellos Schrödinger; de los disidentes soviéticos, Sajarov a la cabeza, en contra del mesianismo soviético-ruso).

Por último, y esto es deplorable, como todo lo del Otoño-Invierno de las Civilizaciones, según Spengler-Toynbee, nos hallamos ante la propagación de un sentido último del mundo. Como creo haber señalado, esto es mesianismo y por tanto irrealidad histórica, ya que después de treinta y tantas civilizaciones donde vimos morir ciento y tantos mesianismos sin pena ni gloria, debemos creer —¡por fin!— que no hay más fin último terreno que la muerte corpórea, como tránsito a otro palio más complejizante -concientizante de la Evolución, dinamismo indetenible, irreversible.

Contra este mesianismo terreno se alzan, todavía gracias a Dios, en nuestra civilización, voces realistas, tal vez debido en cierto modo al mismo auge científico-técnico, aunque el hedonismo de la sociedad de consumo —materialista como el marxismo— acalle el a veces tronar de esas voces. Así, las del peligro de la contaminación ambiental, del hambre y la superpoblación, de la mayor productividad (entre nosotros los trabajos técnicos de economía agropecuaria de mi hermano Víctor Luis y el libro “El poder del pan” del Cnel. Rodríguez Zía; afuera la revolución verde de Borlaug o el manejo avanzado de neozelandeses, americanos, europeos —alemanes— y canadienses), de la alineación del industrialismo sin mística espiritual como paliativo a un puro hedonismo materialista, etc.

Este mesianismo alcanza a veces formas moderadas; tales las tendencias a nivel mundial, de organismos mundiales de planificar indiscriminadamente. La planificación es necesaria a nivel de medio; con mayor razón hoy, ante el avance tecnológico y la superpoblación; cuando nos encontramos inermes para encarar el crecimiento de los gigantes conurbanos, como el

de La Plata-Buenos Aires-Campana-Zárate-Baradero-San Pedro-Rosario, ampliándose tierra adentro en ambas orillas del Paraná. Pero incluye un elemento nefasto de los mesianismos típicos del decadente y agostante Antropocentrismo: voluntad de poder. No debemos desviar nuestra atención vigilante acerca del principio mismo de la Planificación, dijo en Mendoza en 24-8-77 el arquitecto Patricio Randle.

Siguiendo a Ortega y Gasset, en 1974 ya se hablaba desde la Presidencia de un proyecto nacional. El problema grave sigue siendo teórico y no práctico. El Cardenal Newman afirmó que el desarrollo es la imagen móvil de la eternidad (Jean Guittou; El Cardenal Newman, ensayo sobre la idea del desarrollo). Difícilmente pudiera encontrarse otra reflexión igualmente profunda y metafísica de un concepto que por estar aplicado a lo material, no se relaciona con lo espiritual. De tal manera, lo que se hace desarrollando un país, es planificar su ser. Por eso quienes abogan por el cambio como valor fundamental van a contramano de la realidad.

Un pollo no se desarrolla convirtiéndose en águila, ni un potrillo en elefante, dice Randle (cit.), sino desarrollando las virtualidades al máximo de su propia especie. El planeamiento de las naciones debería asimilarse más a la idea de conformidad afín de los biólogos neo-vitalistas (incluso Jacob, Lwoff, Rostand, que no llegarían a serlo, aunque lo serían casi todos, excepto Monod y seguidores; faltarían también paleontólogos: Simpson, etc.) que a la noción de ingeniería social de los responsables voluntaristas. En efecto, la conformidad a un plan, quintaesencia de la materia viva, se reputa como la disposición de las partes de un todo cuando sus funciones se completan recíprocamente en una función total (von Uexküll; Ideas para una concepción biológica del mundo); eso es la Evolución hasta para los Acausalistas: un plan de la naturaleza. No mecanicista, ni arbitrario (voluntarista, al estilo de Hegel y Marx, y encima determinista).

Hay una diferencia fundamental entre *planeamiento sectorial e integral*. El sectorial es derivado del empirismo, y será bueno o malo según su asentamiento en la realidad; el integral es apriorístico (Hegel, Marx) y se fundamenta especialmente en la elección de determinados fines, objetivos, metas. Planificación sectorial = 60 % de causalidad y 40 % de finalidad; General = al revés. Es importante, pues lo técnico opera a nivel de medio y lo político a nivel de fin, y la Planificación General se vuelve imposición política.

El daño del criticismo kantiano nos llega de muchas maneras; una de tales la distinción entre ser y deber ser, realidad e ideal intelectual; según esta orientación, la vida toda (individual y colectiva) debe modificarse con arreglo a determinadas ideas (de allí sale el camino dialéctico de Hegel y Marx). Pero el hombre surge *con una esencia* desde que dejó de ser Prehominido, y a ella debe ajustarse; el sentido de la Evolución ascendente-complejizante-concientizante se lo advierte. No surge su esencia del voluntarismo de su autoformación (Hegel, Marx). Y debiéramos apalea a Nietzsche y Schopenhauer también.

La religión, la cultura, la nacionalidad, tienen su ley vital y su ley escrita. Tillich (Filosofía de la religión) nos demuestra que ésta *es el abismo de toda significación*, y Zubiri escribió que *en la religión no sentimos previamente una ayuda para obrar, sino fundamentalmente para ser* (Naturaleza, Historia, Dios). El fin de la cultura, dice Tillich, es la unidad de significados; para la religión ésta es sólo un símbolo: Dios es el abismo de toda significación.

El Antropocentrismo genera utopismos (o mesianismos, como el rusomarxista, el chinoísta del tercermundo, el optimismo de los futurologos científicos, etc.) y *en la raíz del utopismo está una irracional confianza en el poder de la acción como factor redentor* (cf: adoración de la "praxis" por el marxismo). Aldous Huxley (Los fines y los medios) se pre-

gunta: alguna clase de planeamiento es necesario, pero ¿qué clase y cuánto? El marxismo, por ser absolutamente determinista, cree que todo es planificable. Este determinismo lo tomó del positivismo (cf: Jean de Lubac; El drama del humanismo ateo, Nietzsche, Comte, etc.) pues combatió al mundo liberal pero se empachó con su filosofía materialista. Aunque es necesario aclarar que en su primera etapa, el liberalismo fue enemigo de toda planificación (Adam Smith) pero luego, por obra de su determinismo y peligrando la sociedad con la moral de la teoría gladiatoria de la existencia (primer neodarwinismo, del viejo Huxley), surgió la del organismo biológico de Comte y Spencer, y Comte era planificador.

No es que toda planificación sea mala, ya que es sólo un medio; la planificación alemana en la primera y en la segunda guerra mundial lo demuestra. Pero la del marxismo ruso, desde Lenin acá, es más que medio: la consecución de un fin político. ¿Y si hablamos de sus costos altísimos? El XX Congreso presidido por Krushev admitió los millones de víctimas del terror staliniano, denunciado por Koestler (El cero y el infinito), Howard Fast (El dios desnudo), Solshenitzin (Archipiélago Gulag, Un día en la vida de Iván Denizovicht) y que hoy se continúa, pese a los clamores de los disidentes (el gran físico Sajarov, Bucovsky, Zisniavicks, etc.).

La mayoría de los planificadores sufren de una turbulenta ansiedad por un nuevo orden de cosas. Un pánico patológico por sentirse pasados de moda, los lleva a ir detrás de utopías a cualquier precio... las causas psicológicas de esta exagerada intranquilidad no pueden ser examinadas aquí, escribe Jewkes: pero introduce algunas aclaraciones. Veámoslas.

Por un lado podría obedecer al deseo de ser ostentosa-mente diferentes. Por el otro podría originarse en las ansiedades infantiles por escapar a las implicancias de la mortalidad humana... Cualquiera sea la causa, esta impaciencia con los hechos de la vida real conduce a una enorme irresponsa-

bilidad... La disposición a ignorar la continuidad de las sociedades humanas, la sensación de que en cualquier momento puede borrarse la pizarra completamente para volver a escribir, *está condenada a generar una indiferencia descuidada por los riesgos del cambio...* La comezón de la novedad hace primero que se esté más preocupado *por el futuro distante* que por el mismo presente y que se dejen todas las cuestiones difíciles y sin respuesta, *como si el tiempo, por sí mismo, pudiese curar las heridas de la ignorancia* (Jewkes Jhon; Prueba dura para la planificación).

El peor de los fines de la planificación inmoderada y utópica es el de la anulación de la iniciativa individual, personal. Lo que pueda hacer el individuo no lo haga la asociación; lo que haga el grupo inferior no lo haga el superior; lo que haga el cuerpo intermedio no lo haga el Estado (Encíclica *Quadragesimo Anno*). Su antítesis es la planificación (y recordemos que no hay síntesis, estas son un engaño de la irrealidad del racionalismo dialéctico).

En el mundo no soviético ruso-chino, quienes se sienten más traídos al planeamiento poco piensan en fines; como dice Karl Popper: *no hay ninguna manera científica de elegir entre dos fines* (Utopía y violencia). El excesivo racionalismo del mundo liberal lo llevó de la libertad general a un planeamiento que cada vez más introduce el socialismo en su propio ambiente (denuncias a fines de siglo de Hillaire Belloc y Chesterton contra el capitalismo inglés, en defensa, precisamente, de la libertad privada de bienes, cf: El estado servil, etc.). El último reconocimiento inglés de este proceso lo llamamos en el Colapso de las Democracias, de Moss. El constitucionalismo escrito fue el primer paso de una estúpida planificación que se realizó en nombre de la democracia, pero que poco tiene que ver con ella en cuanto que en el 75 % de los casos generó Estados burocráticos masificados.

El racionalismo político de los dos últimos siglos *pretendió definir conceptualmente la nación en el pórtico de constituciones políticas*, y expresar en forma de Carta —contrato constituyente— el orden y la ley que regirán a la sociedad civil, como si se tratase del documento jurídico regulador de una sociedad de tipo voluntario (de *ánimus societatis*). El socialismo por su parte concibe también a la nación como un todo racional-dinámico o funcional susceptible de ser organizado por métodos voluntarios y planificados (Rafael Gamba; El silencio de Dios).

El planeamiento en gran escala no es posible (Karl Popper; La sociedad abierta y sus enemigos) *porque no hay conocimiento sociológico que permita hacerlo*. Menos resulta hablar de ingeniería social, como ya se lo hace; el hombre no es un ladrillo más en la inmensa y siniestra construcción del Gran Moloch que es el Super Estado Socialista, según el sueño borracho de poder de Lenin, Stalin y seguidores.

La Sociedad *no es una asociación voluntaria: es un agregado natural*, dijo Charles Maurras (Mis ideas políticas). No es deseada ni elegida por sus miembros. Nosotros no elegimos ni nuestra sangre, ni nuestra patria, ni nuestro lenguaje, ni nuestra tradición (idem). Pero este hecho elemental es olvidado cuando el voluntarismo entra en acción, cuando la acción “per se” reemplaza la realidad. La sociedad nació sacralizada, junto a la religión (Tönnies, Durkheim, Hubert y Mauss). La civilización pre-helénica (heládico-micénica-minoica) que también recibe de la sumero-acádico-babilónica (Toynbee), creadora de la polis griega, definida como el *hecho más grandioso e importante de la historia antigua* (Schafermeyer; La génesis de la polis griega) no fue producto sencillo del *sinoikismo* (entendido como contrato social), sino de su complejo carácter sacro.

Es falso como pretendió el liberalismo, que en la democracia griega se enfrentase individuo-Estado. *El Estado, cuando está bien instituido, no tiene casi que ver con los individuos;*

es sobre las sociedades que tiene su jurisdicción (Maurras, citado). Pero la sociedad (Tönnies) es un hecho natural que no debe ser forzado por el Estado (Tönnies distinto de Durkheim). El equiparar la realidad política a un modelo lleva inexorablemente a formular un sistema cerrado. El utopismo del modelo lleva a un utopismo mayor, ya que frena todo cambio, una vez impuéstose (Thomas Molnar; Utopismo, herjeja perenne). Pero el utopismo olvida que ni el propio universo es un sistema cerrado, sino en constante expansión, creación, dinamismo ascendente-complejizante.

El utopismo como sistema cerrado se convierte en *un proyecto humano para interrumpir la historia, para saltar fuera de ésta y alcanzar un estado de perfección continua* (Molnar, citado); eso lo convierte en ahistórico o antihistórico; por eso aparece durante el Antropocentrismo, período decadente y espantoso del ciclo de las civilizaciones y las culturas. El utopismo se carga de un contenido de afectividad irracional, un subjetivismo que lo dora con la fe de sus creyentes (Molnar). Un caracterólogo como Fritz Künkel asegura que *los dextratos "todo o nada" y "ahora o nunca" son las premisas más perniciosas que se puedan imaginar para la convivencia de dos hombres* (Introducción a la caracterología). ¿Que no serán para la convivencia de una comunidad entera?

El utopista simplifica la realidad para trabajar; por eso para él, dice Künkel, *en último término el mundo es una máquina; tal vez una máquina infinitamente calculable, pero en principio, calculable... el cometido de la ciencia sería echar fuera los misterios de la vida... Tal ciencia no conoce ningún acto creativo en particular, nada simplemente nuevo... solo conoce lo muerto* (o. c.).

Todo utopismo es anquilosante; cf: el actual ruso-marxista, con criterios científicos y filosóficos pasados de moda; más cerrado que el peor Dogmatismo religioso estrecho y falto

de vitalidad. No es casualidad que los freudianos —es especial Marcusse— sean marxistas a su vez; Freud, como Marx, eran mecanicistas, porque aunque se alzaron contra su siglo, fueron también sus víctimas ideológicas, intoxicándose del filosofismo decadente del siglo pasado y principios de éste. Iniciados como exceso de imaginatividad —leyenda de la historia de Freud y de la dialéctica de Marx— caen luego en falta absoluta de ésta, de creatividad, de espontaneidad.

¿Qué es la Utopía, sino un refugio para individuos anónimos, faltos de personalidad, rebaño afligido y sin ley? (Molnar, cit.). Como vemos, los temas del Antropocentrismo se reiteran (recordar a Spengler): criticismo racionalista que se empantana en el conocimiento, por tanto antimetafísico, y sin embargo idealismo racionalista y a su vez positivismo, escepticismo, materialismo (marxista hoy 100%); lo que genera in-creatividad, infecundidad, hedonismo burocrático masificante con sus secuelas de Utopismos políticos e incapacidad individual, refugiado todo personalismo creador —en retirada— en la opacidad anónima del rebaño, la irresponsabilidad del Uno (das Man) de Heidegger, contra la cual clamó en el desierto.

Karl Popper propone frente a los utopistas “redentores”: *trabajad para la eliminación de males concretos “mas” que para la realización de bienes abstractos, no pretendáis establecer la felicidad por medios políticos, tended más bien hacia la eliminación de las desgracias concretas; haced todo esto por medios directos...* (Utopía y violencia). Pero hablar con los utopistas es como arar en el mar; desde la dialéctica en adelante, *el movimiento hacia la utopía no es intelectual, sino sentimental y voluntarista* (Juan Vallet de Goytisolo, en revista Verbo, igual que los conceptos vertidos por el arquitecto Randle).

Ni Platón ni Tomás Moro fueron utopistas. Como dice Irving Kristol, un estadista menos utópico que el autor de Utopía es algo bien difícil de hallar (Utopismos de ayer y de

hoy). No es el caso de los siglos XIX, estilo Owen y Fourier, los que no pretenden sino los disparates que escriben, literalmente. Kristol: Platón no era ni lírico ni loco, y tenemos de ello la palabra de Aristóteles. En las utopías importa no el contenido sino el espíritu con que se las elabora.

Se ha dicho que las utopías florecen en las épocas de crisis, de incertidumbre, como una forma de evasión o de aferrarse a un sueño, prosigue el arquitecto Randle. La utopía entró de moda como futurología política; en España se editó el arte de la conjetura, de Bertrand de Jouvenel, mal traducido desde el título, dice Randle, pues se lo tradujo "El arte de prever el futuro político"; error tremendo, ya que, como afirma Roger Verneaux, la conjetura es una tendencia que se queda en tendencia (Epistemología general y crítica del conocimiento). Santo Tomás: por muy imprevisible que sea la conducta humana, *nada es tan contingente que no tenga en sí una parte de necesidad* (S. Th. 1, 8, 3).

En vez de ajustar el pensamiento a lo que son las cosas —dice Ortega y Gasset— el utopismo *supone que la realidad se ajusta al perfil abstracto, formalista, que abandonado a sí mismo dibuja el intelecto*. Dado un lugar o trozo de lo conocido *están en principio conocidos todos los lugares y trozos*. ¿Es injusto llamar a *este desdén* por las diferencias de lugar "utopismo"? De esta manera nos hacemos la ilusión de no ignorar nada, *puesto que anticipamos que lo desconocido no será diferente de lo conocido . . . el pensar utópico es abandonar la intuición de lo concreto* (Obras completas, p. 484)

Recomienda Ortega como receta saludable *contar siempre con que, aún en el trozo desconocido del mundo más inmediato al que conocemos, la realidad se va a comportar de la manera más inesperada*. Luego agrega: la creencia utópica implica, en consecuencia, *una radical insinceridad. El individuo ajusta su sentir a la norma y no la norma a su sentir* (Ortega y Gasset, ídem). El utopismo es, por lo demás, superficial, de consistencia filosófica endeble; como afirma Fred

Polak: la utopía no formula las últimas y más extremas preguntas, *se limita a las penúltimas* (Cambio y tarea persisten de la Utopía, citado por Arnheim Neuss: Utopía). Fred Polak insiste: no son las ciencias sociales, sino la utopía, *quien debe considerarse el padre espiritual de la planificación moderna en todas sus variantes*, desde la capitalista a la colectivista, desde la parcial a la exagerada planificación total (o.c.).

La planificación sirve de disfraz de otras cosas. Hay ciertos temas, ciertos problemas, que han sido propuestos a escala mundial para justificar soluciones en la misma escala. 1) el asunto capcioso del abismo creciente entre desarrollados y subdesarrollados, 2) el de los límites del crecimiento, 3) el del despilfarro y ahora, 4) el de un pretendidamente necesario *nuevo orden económico internacional*. Ya se conocen animadores de esta campaña: el Club de Roma, grupos del MIT, Timbergen, sector de la Unesco y los irresponsables de la Fundación Bariloche (que ya fantaseó de manera increíble cuando supuso *contestó* al pesimismo del Instituto Tecnológico de Massachusets).

Se busca alcanzar un nefasto gobierno mundial detrás de esta planificación y sin que satisfaga ninguna solución viable. Futurología, planeamiento y diagnóstico científico-técnico suelen convertirse en fórmulas coercitivas que *no por casualidad* concluyen en soluciones que implican un grave servilismo humano, peor que el denunciado. El punto 4) recién mencionado es el más grave; detrás de esa utopía se esconden designios inconfesados, como lo fue el querer imponer la reforma agraria en Hispanoamérica —de común acuerdo los EE.UU. y todos los izquierdismos— según denuncias de mi hermano Víctor Luis, tendientes a destruir una buena economía agropecuaria competitiva (calidad y bajos precios).

Randle ya hizo su denuncia en 1968 respecto de la arquitectura y los planes fantásticos o descabellados (utópicos). Distinguía entre urbanismo realista y lo que Huxley llamó con tristeza despectiva “Un mundo feliz” y “Un nuevo mundo

feliz". Decía: debemos ponernos en guardia contra las amenazas de la explosión demográfica, *campana destinada a preparar el camino a una colectivización sin alternativas*, donde el Estado y/o los grandes intereses económicos no encuentren obstáculos a su concepción de desarrollo materialista (¿Qué es el urbanismo?) Afirma que en la última conferencia General de la UNESCO en Nairobi, la utopía Nuevo Orden Internacional figura aprobada por las Naciones Unidas; él lo vio en el tema de arquitectura y urbanismo, pero era una fiebre general.

Todos estos tópicos nos configuran en el desastroso período que estamos travesando del Antropocentrismo, y nos confirman los pronósticos históricos válidos al respecto. Los viejos esquemas de Vico, Turgot, Condorcet, Bachellard, Comte, St Simón, Sir Flendriers Petrie, Herr Spengler, Spencer, Sir A. Toynbee, con más los de historiadores sociólogos como Tönnies, Kidd, Spender, Durkheim, Hubert y Mauss, Christupher Dawson, con más los de antropólogos desde Malinowski hasta Gehlen, Buytendij, Böchner, Leers, Gordon Allport, cuyas fenomenologías coinciden con las de filósofos como Heidegger, Merleau-Ponty y Max Scheler, señalan en última instancia el detallista esquema de Spengler-Toynbee, que resumimos nuevamente en:

Teocentrismo: etapa de frescura, creatividad, imaginación, fantasía, juventud espiritual, todo derivado de una gran mística religiosa, que impulsa poesía, música, pintura, escultura, arquitectura, instituciones sociales, etc., en una palabra, intensa creatividad o recreatividad humana.

Antropocentrismo: estéril positivismo materialista, ateo, antimetafísico, orgullo racionalista, confianza excesiva en el hombre, usurpación del sitio del Creador —humanismo copernicano, imago solar del hombre— utopismo político-económico-social, sensualismo de poder, hedonismo burocrático masificante. La sociedad de consumo con su propaganda hedonista

es tan planificante como los Estados Colectivistas, conculcadores de toda expresión personalista.

¿Por qué inuere una civilización? se preguntó Toynbee.

Spengler contestó pagando él también su tributo al siglo XIX que combatía, y del cual él también fue víctima, al igual que Darwin, Marx, Freud, Nietzsche. Quisieron modificar algo: generalmente su estúpido —porque hay otro moderado, válido, el del Teocentrismo— racionalismo, pero el siglo XIX se los tragó contagiándoles sus lepras. A Darwin le convirtió su monismo en materialista, no siéndolo él (era deísta); por eso se quejaba en sus últimos años de un daltonismo intelectual que le impedía ver la sinfonía de colores de la Evolución, que supuso —acertadamente— se le pasaba por alto.

A Marx lo llevó al mismo hedonismo materialista-positivista que él combatía en los pudientes por inmoral; la explotación que Marx y Engels querían combatir no estaba basada en el derecho de propiedad sino en la codicia de riquezas y sensualismo de poder, que ya la Biblia, antes de los historiadores, señala como superdesarrollados en los periodos Antropocentristas (porque en la adversidad, cuando sufría algún cautiverio o deambulaba por el desierto, el pueblo de Dios se acordaba de EL y se volvía humilde, a su condición de criatura, Teocentrista). Marx y Engels, contagiados del filosofismo materialista del XIX, mordieron el anzuelo y fueron “pescados” por el enemigo; *crearon una liberación que lo único que hizo fue trasladar el sensualismo de poder de propietarios privados a la minoría minorísima del Partido, Amo y Señor y Juez y Parte, un Dios Humano horrible por lo que tiene de humano, o sea, de imperfecto.*

A Freud lo indigestó de atomismo y energización, con lo cual la psique humana, rescatada en principio para la objetividad, en nombre de ésta resultó lo menos objetiva posible: *no existe, simplemente.* No hay YO, ni moral, ni espíritu; tan sólo pulsiones y algunas superposiciones culturales muy endeblés. Pero cualquiera de nosotros sin estudiar Psicología se da

cuenta *que no es mera pulsión*. Menos mal que la escuela de Viena de Viktor Frankl viene a corregir tan garrafales errores.

A Nietzsche lo convirtió en arquetipo de los totalitarismos del siglo XX —nazismo, marxismo, y los liberales que cada tanto emergen, como los “muchachitos” del viejo Roosevelt, los panteras negras, el Ku-Kux-Klan o la “*maffia*”— en nombre de la voluntad pura, peligrosísima arma del Antropocentrismo. Los marxistas nuevos de Francia, los que la paralizaron en el 68, compañeros de Deutsche, Marcusse y *cía.*, reniegan hoy de Marx y Nietzsche por igual, inspiradores de los totalitarismos.

A Spengler lo volvió determinista. Vio los ciclos a través de las intuiciones de Comte y todos los que creían en la sociedad como epiorganismo biológico, y aunque su análisis señala el importantísimo papel de la mística religiosa en la Primavera de toda civilización o cultura, que se va degenerando y muriendo a medida que pasamos al Verano, Otoño, etc., lo hechó a perder todo con su determinismo. Menos mal que lo corrigió Toynbee al estudiar a fondo el proceso real de treinta y tantas civilizaciones (Spengler lo hizo tan sólo de seis, aunque meticuloso en sus datos).

Por eso la respuesta a Toynbee la dan solamente San Agustín, Vico o Toynbee: una civilización muere por Antropocentrismo, por abandono de su divinidad creadora ¿Quiere decir esto que hay que forzar el Teocentrismo?

¿Que uno está impelido a creer en Dios o en alguna religión?

De ninguna manera. Basta que el hombre no se sienta centro del Universo, sino creatura (es decir, creado, valga la redundancia, oxidada por el olvido). Al Creador puede ponerle nombre o tan sólo proyectar su sombra sobre la realidad de lo creado. ¿El Creador es el Dios de la Revelación? ¿lo es la Naturaleza Eterna, polaridad sugerida por Spinoza: *Deus sive Natura*? Pero somos creaturas, dependientes y sumer-

gidas en un proceso de Creación continua, dinámica, mutable, multifacética: La Evolución, La Creación Evolutiva, para ser exactísimos.

Dios puede estar detrás de un vidrio oscuro, como lo proyectó en el cine Ingmar Bergman (que lo buscaba lo sugieren sus más significativos filmes: El séptimo sello, Luz de invierno, El silencio, Detrás de un vidrio oscuro, Gritos y susurros y el académico aquel que hurgaba la justificación de su vida). Los mejores marxistas heterodoxos de Francia —Roger Garaudy, el sociólogo Edgard Morin, el antropólogo Levy-Strauss, el psiquiatra Debray-Ritzen, etc., admiten la importancia del misterio. Pero no el misterio como *nada conocido*, sino *la certeza* del Creador cuyo Rostro apenas entrevisto.

El sociólogo Edgard Morin es el más interesante, rehusó siempre dejarse encerrar en una disciplina y consiguió unir los caminos del historiador, del etnógrafo y del sociólogo, para comprender a una sociedad en plena mutación. A la pregunta sobre qué creía en torno a Dios de Chabanis (¿Existe Dios? No) contestó: me encuentro en un neo-atéismo; lo religioso no está solamente en la religión sino por doquier; la Razón con mayúscula, la laicidad, el positivismo, el mesianismo rusomarxista, el maoísmo, el liberalismo, son religiosos (sentimentalistas, subjetivistas). El primer hecho de mi neo-atéismo es que me resulta imposible creer en un Dios afirmado por revelación ante el hombre.

El segundo, prosigue Morin, es que existe una dimensión inexplicada e inexplicable. Se puede explicarlo todo por la razón o las ciencias, salvo la dimensión esencial de todas las cosas. *Poseo el sentimiento profundo del misterio*. Le reprocho a Marx y Engels que hayan carecido de él. El misterio es una noción esencial para recobrar la pluridimensionalidad del hombre frente a todas las reducciones contemporáneas del mismo a una única dimensión: social, económica, política, etc. El misterio del mundo, del ser (no sólo humano, del cosmos),

y hasta el misterio en el segundo sentido, *como acto ceremonial en el que se cumple un rito inexplicable* (o. c.).

Evidentemente, el ex-marxista Morin es Teocentrista y no lo opuesto.

Hay humildad, realismo y respeto en su actitud ante las cosas, los seres.

Lejos está el orgullo luciferino del voluntarismo y la utopía.

Agrega Morin: tercer aspecto: ya no se otorga, por eso mismo, un sentido alternativo fundamental a la cuestión de creer o no creer. Se disuelve en múltiples preguntas sobre las creencias humanas, en vez de resumirse en la pregunta única y directa: ¿Dios? No se interroga uno sobre el Dios de las religiones o sus sustitutos: la Razón, el Optimismo Científico, el Partido, el Dogma Socialista; *lo fundamental es ese fenómeno humano que consiste en elegir un objeto de creencia*. El neo-atéismo trata menos del rechazo de Dios cuanto lo que está más allá del mundo. Dios no es un interrogante superado, una cuestión superada está resuelta. Para mí, *no es una alternativa en la que siento que debo hacer una elección*. La fe en Dios, exista o no éste, es algo que el hombre no puede rechazar.

Dios es una noción bastante sincrética —prosigue Morin— porque está concebido como lo absoluto, como el gran parámetro, el que no varía. Por tanto, si bien mucha gente proclamó la muerte de Dios, esa misma gente lo reemplazó por otro Dios —su Dios propio— *es decir un absoluto que no llegan a explicar y al que se refieren, explícitamente o no*. De este punto de vista, podría decirse que la fe religiosa es una limitación de la fe; los fetichistas, los que fijan el objeto que llaman Dios, limitan al perfilarlo al Dios verdadero inasible, el del misterio.

Respecto del hombre creyente —todos lo son— se puede afirmar vive en esa tensión hacia su propio más allá, *movimiento*

hacia el más allá. Es tal vez el movimiento profundo que anima la vida o el mundo. En el hombre es neta su apertura hacia el más allá; también su propensión a la magia. Hasta creo que la estructura mágica es muy profunda en nosotros y aún no la hemos esclarecido.

Hay cierto número de seres cuya existencia es abstracta, apriorística, a través del lenguaje, la idea. Francia; nadie la ha visto; es una idea de valor absoluto. (El fenómeno religioso y el nacional tienen un fuerte parentesco). ¿Qué es la nación? Una persona espiritual, antropomorfa, sin cuerpo físico, sin embargo, y a quien se debe adoración... Pero el ser no existe.

La justicia no existe. La tendencia humana radica en procurar una realidad a veces trascendente a esas entidades sin existencia empírica, pero sí ideal, a través del lenguaje. El Estado... Algo que siempre me sorprendía cuando pertenecía al Partido Comunista: iba a ver un dirigente y me decía: "el Partido te pide esto o aquello...". Era como un oráculo pitio cuando pretendía hablar por boca de Dios. Se impersonalizaba; igual un general a sus soldados: "El Ejército te pide..." Todos esos seres viven extrañamente: la justicia, el Partido, las naciones, los ejércitos... son abstracciones, sin embargo tienen carne.

La cuestión: ¿de qué realidad son una abstracción esas ideas? ¿a qué realidad divina se aproxima la idea de Dios? Esas abstracciones tienen un contenido afectivo. No son solamente abstracciones, sino seres *noológicos*. Las ideas, los Mitos, son seres vivos que se alimentan en nuestros cerebros como en un medio nutricional. El fenómeno de las religiones no es meramente sociológico, es *noológico-antropológico-sociológico-histórico*. Sobre todo las grandes religiones: budismo, cristianismo, islamismo. Tienen una existencia transhistórica; pasa y perdura a través de sociedades diferentes. Modificándose, naturalmente, pero en forma continua.

El sociologismo no llega a explicarlo, porque explica todo con relación a una sociedad dada. No comprende fenómenos

perpetuados a través de la metamorfosis de las sociedades con cierto número de caracteres estables. Los tipos de necesidades complejas a los que corresponden las grandes religiones son poco conocidos; hay aún demasiadas sombras. ¿Ese algo irreductible a la explicación, ese abismo de significación, sería Dios? La ausencia de Dios es su necesidad; la falta, la flaqueza, no tanto histórica, como pensaban Marx y Freud, sino una flaqueza mucho más fundamental. *Dios es el enorme tapón que obstruye el enorme agujero que hay en el mundo*, en nuestro potencial de inteligibilidad, etc. Por existir ese desastre de infundamentación, uno reclama a Dios.

Además, la imaginación reclama al hombre. Todo un aspecto de él está absolutamente inmerso en una región no empírico-sensible; religión y poesía alimentan esa trascendencia al infinito. Esa hambre específica y congénita prueba en favor de Dios, prosigue Morin. Primero, hay algo universal. Creencia en los espíritus, Magia, creencia en los dobles. Allí se percibe la fortaleza humana, en la creencia en nuestro propio doble, ser incorruptible, y por otra parte en esa idea de analogía y metamorfosis, ciclo de muerte-resurrección. Son dos universales profundamente anclados en el espíritu humano. ¿Por qué? No me animo a expedirme. A partir de los universales, existe esa idea de resonancia y de simpatía que permite la magia y a partir de la cual se puede suscitar el fenómeno real, mimándolo, jugándolo o representándolo. Es el famoso hechizo, los animales de las cuevas rupestres atravesados con flechas, dibujados por el chamán. *Hay un sentimiento muy profundo de analogía entre el cosmos y la humanidad.*

Ahora bien, ese es un sector que la ciencia no ha explorado en absoluto todavía. Nos hallamos ante una ciencia muy eficaz a partir de lo discontinuo, de lo cuantitativo y digital, pero todo lo que ondulatorio, analógico, continuo sigue siendo ininteligible. Dicho esto, las grandes religiones son grandes fenómenos históricos. A partir de dicho mantillo universal, en un momento dado con el desarrollo del individuo, la magia se

metamorfósea en religión; además, a partir de estructuras que considero fundamentales, como la del sacrificio, ligada a la magia de la muerte-renacimiento. *Algo en nosotros cree profundamente en el sacrificio, muy anterior al cristianismo.*

Las religiones como el cristianismo son de salvación. La salvación es algo que aparece bastante tarde en la historia; fenómeno de cuenca mediterránea; no es absolutamente universal. *Lo universal es la creencia en la sobrevivencia, en la inmortalidad.*

No fetichizo en absoluto la noción de ciencia; está muy limitado el panorama científico, todavía no es universal, a pesar de la evolución. Hay modos de pensar metafísicos y simbólicos que son más profundos y dicen cosas, pero cosas cuya traducción es difícil. La poesía, a condición de no traducirla a la lógica clara y formal. *El símbolo es profundo. La metáfora es profunda, lo mismo el rito; todo ello lleva en sí verdades que la ciencia no traduce; estoy profundamente persuadido de ello. Pero su verdad no está en su literalidad, en el plano manifiesto, sino en el que permanece oculto.*

Mi primer encuentro con lo religioso fue literario, a los 15 años, a través de Tolstoi y Dostoievsky. Cristalizó en el comunismo. Pero luego me asombraron los militantes cristianos de la Resistencia: eran más sólidos, quizá por su fe menos utópica... Me pregunté cuál era nuestra diferencia, ¿la fe? Más tarde se me produjo esta inquietud mía particular, pues pertenezco a una familia judía que no practicaba; leí la Biblia, sobre todo mis encuentros fueron con Abraham y Moisés. También los libros de Neher, todo cuanto dijo sobre el resurgimiento del hombre.

Ciencia y religión no se oponen. EE.UU, un país muy avanzado tecnológicamente —el mayor— tiene muchos creyentes. Hay hombres de ciencia religiosos, como Pasteur, y hasta religiosos científicos, como Teilhard. Se puede muy bien vivir en dos planos diversos, el orden de lo natural y de lo sobrenatural. Psicológicamente la religión no me parece ame-

nazada por el progreso del empirismo científico. Hay necesidades de fervor, de poesía, de vida interior, que refluyen sobre la religión cuando la teoría social oficialista los rechaza. Ocurre en la URSS en donde se ve muy bien que el marxismo-leninismo oficial es algo tan dogmático, tan esquemático, tan pobre, que rechaza el abismo interior del hombre. Los mejores que sienten que existen otros problemas, se dirigen a la poesía, a la religión. Y no hablo aquí ni siquiera del marxismo, sino de esos sistemas donde el marxismo es caricaturesco; no puede decirse que en Rusia reine el marxismo, eso sería insultar a Marx.

Existen un doble juego entre ciencia y religión; la ciencia intentó socavar el fundamento de los valores religiosos, pero dejó como resultado una especie de nihilismo, el cual arrastra al Vacío, y para evitar esa caída, se recupera lo religioso: se autofundamenta en el Vacío del cientifismo. Eso le pasó a Pascal ante el pirronismo de Montaigne; cayó primero en el nihilismo, luego, buscando una salida con sentido, recuperó lo mejor de Dios: primero creyó en el Dios de los filósofos; después, al recuperarse, en Cristo el Dios encarnado.

Las ciencias socavan (por lo menos lo hacían el siglo pasado, hoy es al revés, más bien) los fundamentos religiosos; al no reemplazarlos, dejan al desnudo una necesidad que hallará formas religiosas para mitigarse. La pregunta radica en saber si son las viejas religiones quienes irán a defenderse, a sobrepassar victoriosamente la prueba. El cristianismo (sobre todo el catolicismo) tiene pruebas múltiples: a) revolución cultural interna, b) paso hacia sociedades diferentes; sobre todo, se inficciónó del hedonismo reinante (tentación del poder siguiendo la teoría marxista de la "praxis" y de la utopía, prefiriendo ésta a la caridad personal). Se defiende bien en los países socialistas donde existía en libertad —Polonia— ya que el origen de la creencia no se debilita, y como dijimos, los Socialismos Marxistas son estériles; nada entregan donde hay

inquietudes y son la religión, la poesía, incluso la ciencia-ficción, quienes encuentran adeptos espontáneos.

¿Será con el tiempo una de esas viejas religiones que perduran por siglos o habrá una nueva religión? no lo puedo imaginar, pero no excluyo la posibilidad de una nueva religión. Es improbable, pero en materia de evolución, lo improbable puede ocurrir. Puede levantar la bandera de la Evolución como hizo Teilhard por ejemplo, y unir ciencia con religión. El cristianismo tiene enorme capacidad de adaptación sociológica, que por ser demasiada, puede salvarlo o perderlo. Su crisis interior decidirá. Una sabiduría instintiva de esta máquina dos veces milenaria, ya con ensayos y enormes fracasos en su haber, de adaptarse a pesar de todo a universos sociales muy diferentes, y eso que es siempre muy combatida por fuerzas poderosísimas. Pero en el interior, en el plano humano, la crisis es bastante grande para decidir su muerte o supervivencia.

Hasta aquí Morín.

Dos opiniones sobre el hombre, su entorno, el lugar en el Cosmos. La infatuada y antihumanística —en el fondo, y allí es donde se decide el éxito o el fracaso de una tendencia— del Antropocentrismo, vista como racionalismo a todo costo —la dialéctica— positivismo, voluntarismo dirigista, Utopismo en suma. Y enfrente, el humanismo de un no-creyente pero Teocentrista. Que diferencia ante el hombre, que respeto por la dignidad del hombre en el segundo, ¿verdad?

Si no salimos rápidamente hacia una mística, que en mi trabajo (Filosofía de la Historia y Evolución) propongo a través de las ciencias, en la cosmovisión que por primera vez ofrecen éstas en el totum del hecho Evolutivo, quedaremos en el nefasto Antropocentrismo que vivimos hace varios siglos ya, y que sepultará esta civilización en vías de agonizar, a menos que se produzca esa reacción. Se cumplirá el deseo de Toynbee entonces: salvar la Civilización Occidental, acontecimiento necesario, porque dado el altísimo, inusitado nivel

tecnológico, su mal uso acarreará la muerte violenta antes que la lenta, espiritual, que ocurrió en veintitantos casos anteriores.

Agreguemos la opinión de Julián Marías (Ecología y circunstancia humana, Madrid, 1973). Si los ecólogos o como también se llaman en inglés, environmentalists, supieran bien de lo que hablan, habrían elegido como su lema una tesis formulada en español hace sesenta y cuatro años en las "Meditaciones del Quijote" de José Ortega y Gasset y que dice: "Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo" (puede verse un detallado y minucioso comentario de Julián Marías en su edición de las meditaciones del Quijote", Revista de Occidente, Madrid, 1966).

El segundo miembro de la frase se suele olvidar, pero es decisivo: en nuestra época, sobre todo en los últimos decenios —o en el último— se está cayendo en la cuenta de esta verdad. La limitación del espacio y de los recursos naturales, incluido el agua (ver Congreso de Mar del Plata de hace poco); la contaminación o "polución" de ésta y del aire; los problemas gravísimos de las ciudades; la perspectiva nada improbable sino muy amenazadora de que en un plazo próximo el mundo agote sus posibilidades y deje de ser habitable (o lo sea muy precariamente, lo más probable, pero sin evitar hambrunas masivas del orden de los 300 ó 500 millones de habitantes, en Africa y Asia); todo esto ha suscitado una viva preocupación por lo que se llama el ambiente: se cae en la cuenta de que hay que salvarlo, que su deterioro o destrucción lleva consigo nuestra perdición.

Lo malo es que los que tratan de estos temas, suelen hacerlo con alarmante insuficiencia, con conceptos confusos y poco controlables, de una manera increíblemente elemental. Y esto es una causa más de "polución", una amenaza más a nuestra circunstancia y por tanto, a nosotros. El concepto "ecología", que suele emplearse, es biológico. El Diccionario de la Real Academia Española define así esta voz: "Parte de

la biología que estudia las relaciones existentes entre los organismos y el medio en que viven". Las definiciones usadas en otras lenguas no son muy distintas: el diccionario Webster define así también la palabra "ecología" y tan pronto como usamos este concepto aplicado al hombre, hemos planteado mal el problema y no podemos esperar ninguna solución adecuada.

Como mostró Julián Marías minuciosamente hace años, en un libro (Ortega, circunstancia y vocación, 2 volúmenes, Colección El Alción, Revista de Occidente, Madrid, 1973) el concepto circunstancia no puede reducirse a "ambiente", "milieu" (de Lamarck), "environment" o "Umwelt". Ha sido elaborado con sin igual rigor por Ortega y por su discípulo Julián Marías. Por una vez, el pensamiento español ha ido más lejos que otro cualquiera; pero como la preocupación "ecológica" y los estudios del environment se han originado fuera de España, y sus cultivadores —conocidos— han sido hombres de una formación especial que hacía improbable su conocimiento de la filosofía española, han planteado el problema *antes* que ésta, de una manera previa a sus investigaciones. ¿Y los españoles?, se preguntará. Los españoles tienen una curiosa propensión a olvidar su propia realidad, a recibir sus propios hallazgos —al cabo de unos cuantos decenios, o acaso siglos— del extranjero. ¿Se quieren dos ejemplos? Uno es la novela— en el sentido moderno de la palabra— invención española, preludida en "La Celestina", plenamente realizada en "El Quijote", no se escribe a lo largo de los siglos XVII y XVIII nada parecido a "La Celestina" o "El Quijote", mientras en Shakespeare o en Fielding (inglés del siglo XVIII) hay reclamos de legados de la herencia cervantina; partiendo de ahí ingleses, franceses y rusos escribirán verdaderas novelas en el siglo XIX, explorando el continente descubierto por Cervantes en 1600; de ellos y no de Cervantes descubrirán los españoles el arte de novelar. Galdós, Valera, Alarcón, la Pardo Bazán, Clarín y sucesores dependen de Balzac, Stendhal, Flau-

bert, Dickens o Dostowiesky (y Dios nos libre de no ponderar como debemos a ellos).

De la misma manera, no sólo Ortega descubrió *las circunstancias del yo*, (y recordemos que lo único válido es la persona, nos dirá Sciacca) sino que espléndidos españoles escribieron sobre el tema (en mi libro, *Filosofía de la Historia y Evolución*, cito a menudo a la Escuela Española de la Evolución, derivada de los sabios Crusafont, Meléndez y Aguirre, etc.) y últimamente tenemos el libro sobre Ecología de Ramón Margaleff.

Yo no soy un organismo, aunque mi realidad sea orgánica, como no soy una inteligencia, aunque sea inteligente, ni una sensibilidad, aunque sea sensible, ni un mundo, aunque sea mundano. Soy la dialéctica de Ser-finitud-existente (Sciacca) y Dasein (y ser-en-el-mundo, Heidegger) que también revalidan Ortega y Marías. Y propiamente no tengo-un-medio, sino que estoy-en-el-mundo (Sciacca, Heidegger, Marcel). La contraposición entre el organismo y el medio, que puede tener sentido biológico, —lo que no acepta el mentado Margaleff— es enteramente inadecuada cuando se trata del hombre. Porque eso que se llama “organismo” y cuyas supuestas relaciones con el medio se intenta descubrir, lejos de ser “yo”, es una-porción-de-mi-circunstancia. Las relaciones entre organismo y medio serían en todo caso relaciones internas dentro de la circunstancia, procesos intra-circunstanciales, si vale la expresión, muy secundarios respecto del fenómeno fundamental de mi realidad en una circunstancia o mundo. Todavía más. La realidad psíquica es también parte de mi circunstancia, la más próxima a mí —la segunda en proximidad es el cuerpo, en la medida en que cabe distinguir una cosa y otra, como hace Gordon Allport al hablar del *proprium* (Swedenborg) y recordando el centro corporal de Calparéde— ya que sólo en el cerebro (Calparéde) mi cuerpo y mi yo se juntan. Yo me encuentro con mi-propio-organismo, mi realidad corpórea, como con el Sahara o el Río de la Plata. A través de él trato

con esas otras porciones —geográficas— de mi circunstancia, donde el campo de conciencia —Gestalt, Metzger, Lewin— avanza sobre la tercera dimensión: profundidad (la existencial). Y con la misma efectividad me encuentro con mis facultades psíquicas: con una voluntad determinada, una cierta cuantía de mi inteligencia, percepción y memoria de cierta configuración (Gestalt), un carácter que me gusta o no, y con el cual tengo que habérmelas, como con el clima de mi país, el carácter de los otros, los desesperantes burócratas o su régimen político.

El tomar como “ambiente” o “medio” simplemente lo que rodea o envuelve el organismo, no sólo excluye de él ese organismo y su psiquismo, sino que deja perder el carácter fundamental y definitorio de lo humano: el estar-en-el-mundo (Heidegger) o ser-mundo (Ortega, Sciacca). No es cuestión académica sino práctica, que compromete todo el esfuerzo de los ecólogos. Cuando se habla de contaminación (o, con un puro latinismo importado del inglés, de “polución”, si se entiende por ello sólo la del supuesto “medio” (Umwelt) que rodea al organismo, se excluye la de este mismo, la del puente con el “medio” (Umwelt). Y aquí es dónde regresamos al descubrimiento de lo nocivo que es el Antropocentrismo en la estructura de la Historia, como polo opuesto del Teocentrismo.

¿Cómo se entiende que interese tanto “limpiar” las aguas y la atmósfera, hacer desaparecer de ellas los cuerpos extraños y nocivos que deposita la industria, a la vez que se satura al organismo —parte primordial de la circunstancia— de drogas, pornografía, hedonismo espiritual, burocratización, cuyos efectos son incomparablemente más perniciosos que los de óxido de carbono, el humo diverso, los gases procedentes de procesos químicos, el cloro disuelto en el agua, el poder residual del D.D.T., etc.? ¿Cómo no se advierte que la *concentración real*, en la medida en que afecta a la vida humana, es mucho mayor, porque afecta a la civilización como creadora? ¿Cómo no consta con suficiente energía que mientras la intoxicación

del organismo por la contaminación atmosférica tiene tal porcentaje de probabilidad (real), la del que ingiere drogas o la propaganda hedonística de la sociedad de consumo o burocratización masiva y creciente, es segura e inevitable, con un destinatario preciso que no puede escapar al riesgo? El riesgo es la muerte Entrópica de Civilización-Cultura-Religiosidad.

El problema de la intoxicación somato-psíquica-espiritual alcanza un volumen y una gravedad desconocidos en la historia de Occidente (porque, como demuestra Spengler, recién ahora es historia de su Decadencia), y pienso que para conjurarlo se han hecho muchas cosas, excepto quizás la primera y más urgente: pensar, como lo propone Heidegger, en profundidad (¿Qué significa pensar? editado por Nova). Preguntarse por qué tantos hombres y mujeres de nuestro tiempo —y no de otros— se abandonan a las drogas o al embrutecimiento y envilecimiento espiritual de la burocratización y hedonismo; preguntarse urgentemente por qué los humanos lo hicieron en otros tiempos —decadencia de la Civilización Helénica (caída de Roma), Egipciaca, Sínica, Siríaca (siriofenicia), etc.— y por qué ahora los occidentales, y qué significa esta variación histórica.

Así pues no se trata sólo en Ecología del “ambiente” ni de mi “organismo”, sino de mi intimidad, la putrefacción de mi persona que contribuye a la muerte de mi Civilización. El hombre está sometido constantemente a estímulos psíquicos —sensoriales, perceptivos, emocionales, mentales— y acá y allá surgen voces de alarma —Inglaterra ahora ante esa singular forma de contaminación que es el ruido, la velocidad, en suma el “stress somato-psíquico”. Estamos soportando más decibeles (o decibelios) de los que el oído puede admitir sin peligro de sordera congénita. Agreguemos esta pregunta: ¿qué sucede con la atención, la calma, el recogimiento, la reflexión, la lenta maduración de la personalidad? La conspiración se aumenta ahora contra el ser humano con: propaganda hedonista de consumo, burocratización, incapacidad de darle correcto

pensar al hombre (ahora se preguntan los americanos qué le darán al obrero de la automatización, cuando le sobren horas —ya que trabajará solamente cuatro o cinco— y no saben que darle en su ocio; pregunta contestada hace rato por Joseph Pieper en su libro *El Ocio*).

El ruido afecta al tímpano, la droga al compositum somato-psíquico, la carrera contra el tiempo —y sin que sepamos por qué ocurre— al equilibrio que se fracciona en el “stress”, pero más afectan a la intimidad, a la capacidad de reflexión, y por supuesto, a las formas de convivencia: a la conversación, al silencio entre personas, a esa operación esencial que se llama “callar” y “escuchar” la “voz susurrante” del interior, la del Inconsciente, que detectaron Freud, Jung, Adler, y que se desvanece con el televisor, destructor de la intimidad existencial, con el extravertirse en el otro ruido, no el de las trepanadoras callejeras sino el de confiterías nocturnas.

¿Y los estímulos sexuales? Se insiste mucho en su peligro de excesiva excitación de apetito carnal, por parte de los moralistas, religiosos o laicos. Por el contrario, me preocupa lo opuesto: su multiplicación en revistas, filmes y centros de “porno-show” su martilleo constante sobre la percepción y los estímulos que provocan las respuestas, fuera de ocasión y de contexto —todo el día, en la calle, el aula, la oficina, el ser humano es perseguido por la imagen erótica dada por la propaganda o directamente por la publicación pornográfica— en todas las formas imaginables, oportuna y sobre todo inopuntamente, ya a producir —está produciendo ya— *el embotamiento de la sensibilidad*, uno de los riesgos más graves que amenazan al hombre de la segunda mitad del siglo XX, y que él o el siglo XXI va a pagar. Si a esto se agrega la vida ficticia que imagina llevado al máximo el principio del placer, provocado por la propaganda de consumo —el auto con una mujer desnuda adentro, el cigarrillo lo mismo, el tocadiscos igual, etc.— y que al no poder realizarse llevará a la frustración, fundamenta el cada vez mayor hedonismo, enemigo di-

recto de la responsabilidad, el enfrentamiento de la adversidad, la creatividad del Teocentrismo.

Quando esto se asocia al uso de las drogas relacionadas con la vida sexual y la concepción, se inicia *un juego irresponsable* con las raíces más hondas de la vida, sin que se tenga idea, ni siquiera aproximada, de adónde nos puede llevar, pues nadie quiere oír y ni imaginar siquiera que el término está señalado en el libro de Spengler (La Decadencia de Occidente) o los de Toynbee (El estudio de la historia, que lo es del nacimiento y muerte de las civilizaciones).

Lo mismo habría que decir de las noticias y de los medios masivos de comunicación —diarios, revistas, televisión, radio— que bombardean —con una selección injustificada y arbitrario, denunciadas hace poco por Solshenitzyn en Harvard, creoque bombardean —con una selección injustificada y arbitraria, nuestra manera de entender —o intentar entender— la realidad. Con la falsedad que en angustiosa proporción —denunciada por Solshenitzyn— se vierte sobre las mentes, se altera la composición de nuestro mundo real, mucho más que con los desechos de la industria o de la calefacción se altera y mancilla la composición propia del aire que respiramos. Es la psíquica-espiritual la forma suprema de polución, de maculación, de contaminación.

Debería medirse —insiste Julián Marías, recordando a Ortega y Gasset— con la misma escrupulosidad con que se mide la contaminación del aire o de las aguas, (si se lo hace), el número, volumen y gravedad de las mentiras que se inyectan por día en la circunstancia más íntima de cada uno de los hombres de nuestro tiempo, y se vería de paso la diferencia que existe entre unos países y otros, entre unas y otras formas de sociedad. Se vería, sobre todo, que mientras en unas —Alemania hasta el presente, por ejemplo— son posibles las defensas, porque existen los “anticuerpos”, porque se vive en un espacio abierto en que los estímulos chocan entre sí, pueden contradecirse y enfrentarse, luchar como los leucocitos con los

gérmenes patógenos, en otras sociedades, espacios confinados y expuestos sólo a una clase uniforme de estímulos, no hay defensa posible y se produce una inevitable degeneración (caída social de Francia y Portugal e Italia; anarquía española, caída moral de Inglaterra; en tanto resisten Holanda, los países escandinavos, Alemania).

No se olvide —termina Marías en su recuerdo de Ortega— lo más importante: Ortega no dijo que el-hombre-vive-en-una-circunstancia, como puede decirse que el pez vive en el agua, la lombriz en la tierra o el mosquito en el aire. Dijo algo bien distinto: yo-soy-yo-y-mi-circunstancia. Es decir, el “yo” real, aquel a quien no se le puede anteponer un artículo, sino que se dice en primera persona —yo— es circunstancial, incluye mi circunstancia, toda mi circunstancia, todo aquello que encuentro en torno mío, con lo cual tengo que habérmelas para vivir. Imagínense si esto nos lleva más allá de toda consideración del ambiente, de toda “ecología” pensada al nivel de realidad de los meros organismos biológicos.

No estaba nada equivocado Julián Marías cuando escribió estos conceptos —o parecidos— mientras Toynbee reafirmaba los de Spengler sobre la Decadencia de Occidente y unos años después Solshenitzyn confirma con sus denuncias a los medios masivos de comunicación de Occidente, la gravedad del diagnóstico de Spengler, pues aunque Occidente disponga de libertad —dijo— ésta, sin escala de valores, nada vale, y yo veo que el mismo materialismo que es doctrina oficial en Rusia, reina en la mayor parte del Occidente.

Añadamos que un gran psicólogo, acaso de los mejores, Bateson, hijo del gran biólogo inglés, escribió un libro admirable que trata sobre la contaminación del espíritu y de la psique (Pasos hacia una ecología de la mente).